

castellanos debían de ser encantados, pues ellos recibían tanto daño con nuestras armas y nosotros tan poco perjuicio de las suyas. Resultó con su vergonzosa fuga el dejar á los nuestros el campo y la victoria que siguió Hernán Cortés con moderación, por no exponerse á que le volviesen á cargar lejos de su cuartel. En esta batalla se conoció la especial providencia de Dios con que miraba nuestras armas y su causa. Fué grande el número de indios que murieron en esta ocasión: de los nuestros solo murió un soldado, y como veinte salieron levemente heridos. Fué indecible el sentimiento que causó á toda aquella república esta segunda rota de su ejército: el pueblo clamaba por la paz; pero el Senado de Tlaxcala que se hallaba indeciso sobre el partido que se debía tomar, admirados todos los senadores de las fuerzas de aquellos extranjeros que no parecían naturales, y por otro lado deseosos de vengar tanta sangre tlaxcalteca que habían derramado, se inclinaron á valerse de la industria, y como creían que todas estas hazañas tan maravillosas se obraban por encanto y arte mágico, resolvieron que por reglas de este mismo arte los podían vencer, desarmando un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y hechiceros, quienes con ademanes misteriosos aseguraban al Senado que con que se pelease de noche contra estos hijos

del sol, se acabaría con ellos antes que el nuevo sol saliese, que con su presencia los haría invencibles. Se agradeció y ponderó la habilidad de estos hechiceros, y al instante mandó el Senado á su capitán general Xicotencatl que embistiese á los españoles de noche. Xicotencatl, embebido en la fe de sus magos, mandó embestir con todo el grueso de su ejército, que se componía de diez mil combatientes sobre nuestras fortificaciones, y conoció muy tarde la ilusión de sus agoreros; pues aunque fué mucho el valor con que intentaron sus tropas este género de pelear á oscuras, desconocido en su bárbara milicia, vió que los castellanos eran invencibles de día y de noche. Salió Hernán Cortés de la Torre y de sus defensas porque vivía siempre prevenido: mandó guarnecer las islas de sus caballos con cascabeles, para que pareciesen más con el ruido, y dió repentinamente sobre los indios con las lanzas enristradas, hiriendo aquí y allí y pasándolas por el rostro de los enemigos con tanto acierto, que al fin hubo de ceder esta multitud de indios despavorida con la persuasión en que estuvieron de que se les había descubierto su intento. Dejaron los tlaxcaltecas considerable número de muertos en la campaña con algunos heridos que no pudieron retirar. Después que con particular demostración se celebró esta victoria entre nuestros soldados, pasó

Cortés á un lugar llamado Zimpanzingo, poco distante de Tlaxcala, y viendo que no hacian resistencia sus moradores, mandó que no se hiciese mal á nadie. Agradecidos estos indios, se presentaron los más principales de ellos á Cortés; ofreciéndole bastimentos, y que mediarían los señores de Tlaxcala para que hiciesen amistad con ellos. Volvióse Cortés á su alojamiento, confiado que no tardaría en cimentar la paz con la república de Tlaxcala. Tuvo entónces que valerse de toda su sagacidad y prudencia para sosegar el ánimo inquieto de sus soldados, que no cesaban de ponderar la flaqueza de sus fuerzas en una tierra tan poblada de indios belicosos, y amenazaban á su general, que siendo mucha su temeridad no le podían seguir. Aun los mayores amigos de Cortés le persuadian desistiese de la empresa comenzada y proveyese antes que la gente se amontonase; pero Cortés habló con tanta gracia y espíritu á todo su ejército, que mandó juntar para ese fin, que á una voz prometieron todos no abandonarlo en los mayores trabajos.

Apaciguada esta alteracion de su gente, vinieron á Hernan Cortés seis principales señores mexicanos con más de doscientos indios de acompañamiento. Penetró este perspicaz general el motivo de su venida, entendiendo que mucho cuidado

le habian dado al emperador Moctezuma estas victorias de los españoles, y que ponía toda su mira en esta nueva embajada en deshacer esta union de españoles y tlaxcaltecas, y así, sin darse por entendido del fin que podían tener los embajadores del emperador, los recibió cortesmente. Admitió gratamente el regalo, cuyo valor sería hasta de mil pesos, en piezas de oro, sin otras curiosidades de pluma y de algodón, y no les dió entónces su respuesta, porque deseaba que vieses cómo se portaba con los tlaxcaltecas en caso de continuarse la guerra, y de no, cómo sacaba el fruto de sus victorias, obligando á los tlaxcaltecas á pretender la paz con el mayor ahinco y rendimiento. Vinieron de allí á poco los embajadores de la república, cuyo cabo principal era el mismo Xicotencatl, el mozo encargado de tratar y concluir el gran negocio de la paz con los castellanos. Agradó mucho á Cortés el desembarazo de Xicotencatl: abrazóle Cortés, y disimulando los motivos que manifestó esta república para tanta obstinacion, concedióle la paz que le pedia la señoría de Tlaxcala, y mandó que se celebrase una misa en accion de gracias al Altísimo, que tanto le habia favorecido, y por este plausible motivo el padre Juan Diaz puso por nombre á la torre donde habia permanecido alojado el ejército, el de La Victoria. Quedóse despues con los

embajadores mexicanos, y ellos hicieron mofa de la paz; pero cuando vieron que Cortés se afirmaba en mantener su palabra, quedaron un poco pensativos y le rogaron que se detuviese allí seis días hasta poner en noticia de su soberano todo lo que pasaba. No hizo dificultad Hernán Cortés en condescender á su súplica, por parecerle muy conveniente no desatender el respeto de Moctezuma y ver si Tlaxcala deseaba con verdad la amistad de los españoles: de modo que este sabio gefe se aprovechaba maravillosamente de los afectos que reconocia en mexicanos tlaxcaltecas, dando estimación á la paz para hacerla temer á unos y desear á otros. Se pasaron algunos días en que se detuvo Hernán Cortés en su alojamiento, experimentando más y más el afecto con que deseaban la paz los tlaxcaltecas; y despues que hubo cumplido con los embajadores de Moctezuma, no pudiendo ya resistir á tantas demostraciones pacíficas del Senado de aquella república, que le instaba á que honrase con su presencia su ciudad principal, donde experimentaria la más fina lealtad, como se vió despues haciéndose famosa en el mundo Tlaxcala, por la defensa de las armas españolas, pues se empeñaron más de cien mil tlaxcaltecas en acompañar y seguir á Cortés con una constancia grande, hasta la rendición de Tenochtitlan, cabeza del imperio mexicano, trató luego

de la marcha y hizo su entrada en la ciudad de Tlaxcala entre aclamaciones, manifestando el pueblo la mayor gloria y alegría en el recibimiento del ejército español. Fué la entrada y última reducción de Tlaxcala el día diez y ocho de Setiembre de mil quinientos diez y nueve, día digno de eterna memoria y de singular reconocimiento para los españoles en que consiguieron una paz tan durable, tan gloriosa y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan en aquella Provincia monumentos de diferentes exenciones de tributos, y crecidas prerrogativas en premio de sus reales servicios.

En aquel tiempo era Tlaxcala una ciudad populosa, fundada en un sitio y lugar muy fuerte, rodeada de montes muy elevados y ásperos, de donde tomó el nombre de Tlaxcala, que quiere decir lugar de riscos, hasta que se corrompió y llamóse Tlaxcalan, que significa lugar de pan, porque esta provincia, que alcanza á cincuenta leguas de circunferencia, es país aunque montuoso muy fértil, abundante de legumbres y maiz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los labradores, que dió el nombre á la Provincia de Tlaxcalan, voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Pasa por en medio de los cerros de Levante á Poniente el Rio Zahuatl, que quiere decir agua de sarna, porque los niños que bañan-

ban en sus aguas se llenaban de sarna: en tiempo de aguas son tan copiosas las lluvias en aquellas serranías, que se descuelgan torrentes de agua que obligan al río Zahuatl á salir de madre, llevando las casas y mieses de sus orillas. Una de sus fertilidades era la cochinilla, cuyo uso no conocian hasta que le aprendieron de los castellanos. La arquitectura de sus casas denotaba mucha policia, pues eran de tablazon, hechas de adobes, ladrillo, y de cal y canto, distribuidas sin repartimiento paralelo, dejando entre ellas muchos callejones angostos y torcidos, atendiendo más para la defensa que para la comodidad. De la Ciudad principal se formaban varios pueblos, situados en barrios ó arrabales que se extendian por el espacio de dos á tres leguas. En ellos, y en la ciudad se computaban ciento y cincuenta mil vecinos, segun lo refiere Herrera, de modo que comprendia la república la ciudad principal y diez y ocho pueblos llenos de infinidad de gente. Nunca quisieron los tlaxcaltecas sujetarse al dominio monárquico, sino que para establecer su república tuvieron que sufrir guerras crueles, y siempre defendian su libertad contra las empresas de los emperadores mexicanos que los querian subyugar. Admirábanse los nuestros de ver en la rudeza de aquella gente disposiciones bellisimas de gobierno, y cómo se prevenian contra

el poder de los mexicanos, queriendo más bien carecer de la sal, cuya falta les hacia desabridos todos sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos, pudiendo comprarla á los vasallos de Moctezuma con el precio sus mieses y otras producciones abundantísimas que les sobraban. Todo esto observaba con cuidado Hernan Cortés, y escondiendo su recelo, vivia con prevención grande en su alojamiento, continuando las guardias, lo que no dejó de desconsolar á los tlaxcaltecas que daban muestras de gran sinceridad, y de lo mucho que deseaban la amistad de los españoles. Para que acabase de creer su fidelidad, hizo Magitcatzin un razonamiento á Cortés, significando su sentimiento, al que satisfizo Cortés con tanta viveza alabando su lealtad y la de sus tlaxcaltecas, que estos se aquietaron, y se observó desde ese punto una perfecta armonia entre españoles y tlaxcaltecas. Estos socorrian con grande abundancia al ejército español, y Cortés con obras y palabras procuraba mostrarles cuánto reconocia sus beneficios, y sin olvidarse de lo más esencial, dispuso que con la mayor suavidad entendiesen algo de las máximas de nuestra santa fe. No obstante que experimentaba tanta fidelidad en sus nuevos aliados, y los veía tan finos y constantes en observar los tratados de paz que se acababan de celebrar, le pareció por lo mismo afearles los in-

convenientes de la multiplicidad de sus dioses, y el horror abominable de sus sacrificios, y proponerles las conveniencias de la religion cristiana, dando lugar con discrecion á que hablase por medio de Marina, ó Malinche, y de Gerónimo de Aguilar, sus intérpretes, el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo. Procuró este santo varon introducirles poco á poco en el conocimiento de la verdad, explicando con la mayor prudencia, y sin apretarles mucho pues no convenia entónces, los puntos principales de nuestra creencia, para que abandonasen el culto de sus ídolos, y solo adorasen al verdadero Dios, y ley que profesaban los cristianos. Pero Magitcatzin, que más se señalaba en la amistad de Cortés y otros señores principales, dieron entónces poca esperanza de reducirse. Lo único que se pudo conseguir con ellos fué que prometieron suspender sus crueles sacrificios y no comer carne humana.

Poco satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion de su celo católico, quiso llevarlo adelante, proponiendo á los suyos que se derribasen los ídolos como se habia ejecutado en Zempoala, mas el venerable padre Olmedo se opuso con entereza diciéndole que se compadecia mal la violencia y el Evangelio, motivo porque no le habian parecido bien las fuerzas que se les hicieron

á los zempoales en la destruccion de sus ídolos, pues aquello en la sustancia era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon; á que añadió que pedia más espacio y dulzura la conversion de aquellos gentiles. Dictámen lleno de cordura cristiana y admirable, al que se rindió Cortés, reprimiendo los fervores de su gran piedad.